

Y á fuerza de mirar estas profundidades imaginarias, se siente una especie de vértigo; ayudando el silencio y el sueño, es fácil imaginarse suspendido en el vacío con la cabeza hácia abajo.

Las aguas, encauzadas entre tantas montañas altísimas, pueden producir también por sí solas estas ilusiones y estos vértigos.

Las cimas de piedra del Montenegro, iluminadas por la luna con pálidos y rosados resplandores, se alzan en el éter límpido sobre su gigantesca imagen invertida.

La montaña más próxima á Baozich aparece también del mismo modo; debajo de ella hay otra subterránea muy semejante, cuya cresta se destaca sobre un cielo imaginario, poblado por fantasmas de estrellas. En las masas negras de sus bosques se distingue un punto, un pequeño triángulo blanco: es la capilla.

Cerca de allí, bajo los árboles, en su cabaña, Pascuala duerme...

Blancas neblinas comienzan á surgir sobre la superficie de las aguas; cuanto más se aproxima la mañana, se levantan más brumas ligeras en los valles; las grandes imágenes espectrales que aparecieron invertidas en las profundidades del abismo se extinguen, desaparecen; se oscurecen las cimas,

esperando la hora en que ha de brillar la viva luz de la mañana. Bien pronto va á nacer el día..... Pascuala se despierta..... Lleva delante de sí, por los mirtos empapados de rocío, toda la banda de sus carneros grises y de sus cabras negras.

Y cuando hayan pasado sobre estas montañas eternas muchas noches parecidas, y estaciones y años, Pascuala dormirá, para siempre, bajo la capilla, en el osario.

XIII

Viernes 19 de Noviembre.—El entierro de la pobre vieja asesinada. (Un crimen que han cometido los montenegrinos para apoderarse de un collar de oro.)

De tal manera me consideran, como del país, que me he encontrado invitado á este entierro y obligado á formar parte de la comitiva. Pascuala iba también con las otras muchachas de la montaña.

Las dos de la tarde. Un día de sol y de calma, que parece un día de verano. El cortejo fúnebre caminaba en zig-zags, entre malezas y flores, por el sendero estrecho que conduce á la capilla.

En el fondo de la nave me hicieron sentar en un puesto de honor, entre Juan y Mateo Ivovitch, en un nicho adornado con antiguas figuras bizantinas,

pintadas sobre un fondo dorado. Un monaguillo vino á darnos á cada uno un cirio encendido, que nos puso en la mano, y fué preciso escuchar todos los rezos del rito slavo, cantados por los sacerdotes de largos cabellos, con agitados compases como danzas de muertos.

Adelanta la estación: decididamente en Europa se olvidan de nosotros. Sin duda pasaremos el invierno en este país.

Estos últimos días han sido horriblemente sombríos. Entre la altura de las negras montañas y las grandes nubes que cubrían el cielo, estábamos como encerrados en un calabozo. La capilla, las aldeas, los grandes bosques de las montañas, todo estaba oculto detrás de las nubes. A las doce del día, en esta especie de pozos de gigantestas murallas, donde permanece la escuadra, reinaba una obscuridad siniestra.

Llovía de tiempo en tiempo, y era la lluvia pesada, espesa, torrencial; entonces ya nada se veía, y el viento gemía con terrible y espantosa voz.

Y después, cuando se rasgaban las nubes y reaparecían las inmensas cumbres de piedra en medio

del horizonte, el conjunto tomaba el aspecto que tomaría si llegara el fin del mundo.....

Yo iba, sin embargo, siempre, por la noche, al cercado de los olivos á buscar á Pascuala. La mar estaba gruesa, muy mala para mi canoa, y daba miedo llegar, en medio de esta noche oscura, al bosque, lleno de ecos misteriosos y de ruidos tan tristes como lamentos. Me parecía que perseguía allí alguna obra maldita, y que todo lo que me rodeaba me dirigía una amenaza de muerte.....

Hoy, todo ha pasado; el cielo vuelve á estar azul sobre nosotros; el hermoso sol caldea la montaña; aún parece verano.

Lunes 22 de Noviembre.—He ido á caballo hasta Castelnovo, á comprar un fusil para mí y dos estampas para ella, recuerdo que conservará siempre, aunque yo deje su país.

A la salida amenazaba el tiempo; nubes de tormenta se amontonaban por todas partes, alrededor de las cimas de piedra. Toda la cadena del Montenegro estaba oculta por una cortina negra, en la que se dibujaban de tiempo en tiempo los zig-zags de luz blanca del rayo.

Espoleé é hice apresurarse mucho á mi caballo, que tenía miedo. El trueno era más estrepitoso que otras veces en estas montañas; y cuando sonaba, haciéndolo todo temblar, el pobre animal daba un bote de lado y se dirigía hacia los mirtos.

En Castelnuovo comenzó la lluvia; un verdadero diluvio. Mi caballo quedó en la quinta de Mateo Ivovitch; yo entré en un café, establecido como los de Oriente, en donde algunos musulmanes de Albania estaban entretenidos. Al mismo tiempo que hablábamos de las cosas de la guerra, contemplábamos correr el agua á lo largo de los vidrios negros.—Pasaba el tiempo y no cesaba de llover. En la calle había verdaderos torrentes de agua amarillenta, que corrían hacia la mar y desaguaban en ella ruidosos como cascadas.

Enfrente del café estaba la tienda del vendedor de las estampas, en la cual Pascuala y yo debíamos reunirnos, según nuestro convenio del día anterior. Pero Pascuala no llegaba.

Ya había vuelto á montar á caballo para regresar rápidamente á Baozich, durante un claro, cuando de repente, á la puerta de la ciudad, oí una débil voz conocida que me llamaba: «¡Signor! ¡signor!» Era Pascuala, completamente mojada. Se había cubierto la cabeza con su manta montenegrina; sus mejillas estaban enrojecidas por el camino; sus cabellos desgredados por el viento y la lluvia. Abría detrás de mí la puerta de la muralla, y me llamaba con alegre voz: «¡Signor! ¡signor!»

Volvimos juntos á casa del comerciante. Una tienda, un chiribitil obscuro, lleno de objetos de iglesia; imágenes bizantinas, retablos dorados, reliquias, manos y piés de cera, huesos de muertos, con marcos dorados y de perlas.

Pascuala charlaba con un viejo que llevaba gafas, y que rebuscaba en el fondo de sus armarios para mostrarnos todo sus tesoros; ella estaba agitada, conmovida, como un niño que va á poseer una cosa deseada largo tiempo, y que se siente angustiado en su felicidad por el embarazo de la elección.

San Wigberto (cuyo cráneo se conserva en el tesoro de la catedral de Cattaro, en una urna de oro fino y pedrerías), San Wigberto y San Blás fueron las dos únicas estampas que gustaron á Pascuala, y que, después de algunas vacilaciones, se decidió á tomar. Había, sin embargo, santas muy bonitas; pero los dos elegidos tenían traje plateado y estaban sobre fondo dorado, y, sobre todo, los marcos eran incomparables: bajo el vidrio había guirnaldas de tulipanes de todos colores, en relieve, con hojas de metal.—Sonreían los dos santos en medio de estas flores, con la expresión vaga y mística de las figuras de la Edad Media.

A causa de la lluvia se decidió Pascuala, después de algunas dudas, á dejar allí los cuadros hasta el día siguiente, y emprendimos el regreso á Baozich; Pascuala á pié, yo á caballo, bajo un chaparrón no muy fuerte.

Ante nosotros, por el verde camino, llegaba un grupo de marineros italianos, en animada conversación con unas muchachas morenas, escapadas de las casas de prostitución de Cattaro.

Pascuala hizo un gesto y se escondió detrás de las altas malezas, llenas de agua. Entre los matorrales continuó andando á mi paso; yo la veía siempre, y miraba por cima de mi caballo su gorro encarnado; pero los italianos no podían verlo, porque iban á pié. Las muchachas morenas me dirigieron sus sonrisas, y pasó toda la banda sin darse cuenta de que una fresca flor de la montaña caminaba por mí y para mí solo tras los mirtos. Llevábamos media hora de camino, y el chaparrón se hizo mucho más fuerte; encontramos al paso una posada, en donde había bateleros bebiendo. Pascuala rehusó entrar. Tanto peor; la dejé marchar, y me detuve á conversar con los bateleros mientras pasaba el chubasco.

En cuanto pasó salí al galope. Pronto alcancé á Pascuala, que reía de muy buena gana, encantada de sí misma.

Me fué preciso ir á su paso, caminando tranquilamente bajo la lluvia. Sus vestidos estaban calados, y por el corpiño entreabierto se veía correr el agua sobre su dorado pecho.

Cuando llegamos á Baozich tomó el sendero de la izquierda, que conduce á su cabaña, entrando yo en la posada á secarme delante de una hoguera de sarmientos.

La tempestad duró toda la noche, hasta la mañana. Ráfagas terribles, silbidos que hacían estremecer se oían en las montañas. El *Temerario* se movía fuertemente á causa del viento; los barcos rusos hacían otro tanto, y chocaban con sus vecinos, los franceses. Toda la escuadra pasó la noche en claro.

Sábado 27 de Noviembre.—Una semana más, que concluye hoy, y estamos todavía en este país.

Desde la tormenta del lunes por la noche, Baozich está más desierto; los rusos, los austriacos, los italianos y los alemanes han partido, por prudencia, para ir á mojarse más lejos, á la bahía de Meligna. Quedamos nosotros solos con los franceses.

Estos—los franceses—no van á menudo á tierra; en los senderos de la montaña no se encuentran más que pastores y aldeanos slavos.

Todavía hay rosas en los jardinillos de las cabañas de Baozich, así como florecillas en las rocas; y las últimas escabiosas y las flores de mirto se ven aún en ciertos rincones en que dá el sol. Todavía hay hermosos días tibios, que tienen esa melanco-

lía inexplicable del otoño que acaba; todavía un cielo límpido y azul, cobija bajo su bóveda pálida las amarillas hojas de los bosques.

Hoy, por vez primera, he entrado con Pascuala en casa de sus amos, mientras éstos estaban en el campo.

Su choza parece tan antigua y tan musgosa como la roca que la rodea. La luz del sol llega hasta allí, matizada de verde, por el ramaje de las encinas. El interior es húmedo y sombrío, y está ennegrecido por el humo de dos ó tres siglos. No sabría yo explicar qué encanto de otro tiempo se mezcla allí con estos aspectos de pobreza y de salvajismo.

En el fondo brillan cosas preciosas sobre las piedras del muro: ¡los talismanes protectores de la estancia! Los santos tienen repisas carcomidas, y sus caras, alteradas por el tiempo, expresiones indecisas y misteriosas; los vestidos están hechos con placas de plata repujada, y una lámpara antigua, también de plata, está colgada delante de ellos. Debajo están enganchados dos fusiles de chispa, que tienen culatas de nacar y cañones damasquinados de un modo magnífico.

Este es, en efecto, el mayor lujo de los slavos, que se conservan primitivos en sus montañas: talismanes y armas resplandecientes, en medio de una gran miseria.

Por la noche hace frío. Cerrada completamente ésta, cuando yo regreso, no brilla una luz en la campiña; no se sabe á dónde encaminarse con tal obscuridad, y al pié de los bosques todo es negro.

En la posada de Baozich hay siempre hogueras de sarmientos, donde se calientan los aldeanos. Pero en el cercado de los olivos, las nieblas húmedas de Noviembre y el frío de la noche nos dejan helados sobre nuestra almohada de raíces; la luna, que pasa lentamente por cima de nuestras cabezas, á través de los ligeros dibujos del follaje, ha tomado ya el color y la rigidez propios del invierno, y las primeras nieves que han ocurrido ya en el Montenegro han blanqueado las elevadas cimas de sus montañas.

Estar solos por la noche, rodeados de esta naturaleza; sentir el frío juntos, envueltos en una manta y en una capa, en medio del silencio y de la obscuridad de este bosque, son impresiones antes para mí desconocidas. Estas noches tienen un encanto misterioso que yo no sabría explicar.

Domingo 28 de Noviembre.—¡Ya estamos en alta mar!..... Es por la tarde: la tierra ha desaparecido completamente entre las oscuras brumas.

Al ponerse el sol, el Montenegro, que se alejaba, parecía un gran incendio en el horizonte; y después todo se ha extinguido, para siempre, ante mis ojos.

¡Todo se ha acabado!..... ¡se acabó la montaña de Baozich; se acabó este país de los slayos, donde jamás volveré ya; se acabó el amor de Pascuala!.....

Ayer por la noche, después de haberla dejado en el cercado de los olivos bajé á la playa donde, como siempre, mi canoa me esperaba.

Los marineros estaban muy contentos; reían y bailaban: acababa de llegar, por medio de las señales de noche al *Temerario*, una orden de partir al

día siguiente, á las doce de la tarde, para regresar á los mares del Norte; y me anunciaban esto con una alegría loca.

¿Qué hacer?..... Tan tarde, era imposible volver al bosque. Además, Pascuala seguramente estaba en su cabaña, recogida y acostada en su cama de pastora.....

Esta mañana, domingo, tuvimos un nuevo aviso. La partida debe adelantarse y el *Temerario* ha de ponerse en camino á las ocho.

Yo, que estaba levantado antes de amanecer, solicité y obtuve del comandante una canoa á condición de no pasar allí más que media hora.

Apenas había salido el sol cuando llego á la playa de Baozich. La mañana está fría, pero clara. Solamente en el fondo de los valles se ven las blancas neblinas del otoño. La nieve brilla en las cimas. El camino por tierra es una alfombra de hojas secas.

Giovani está ya en la playa; monta en su barca y prepara la vela para ir hasta Rizano.

Me lanza al pasar una mirada despreciativa y triste. Yo le estrecharía la mano de muy buena gana, si me atreviera á acercarme á él. Me ve seguir corriendo el camino que conduce á la cabaña de su hermana, y me mira con desconfianza.

Yo corro, escalo las piedras de este sendero, en que las hierbas y los mirtos están empapados del rocío de la mañana.

Pero la cabaña está vacía. Los dos viejos han salido ya al campo, y Pascuala, más madrugadora que yo, no sé dónde habrá ido con sus corderos y sus cabras.

Pasa la hora: una gran angustia se apodera de repente de mí, al mismo tiempo que una opresión de corazón, á la sola idea de partir sin verla, y corro en su busca.

Registro todos los rincones de alrededor adonde ella tenía costumbre de conducir su rebaño. No encuentro nada, ni á nadie; bajo los castaños, bajo las encinas, todo está en silencio; aunque escucho atentamente, no oigo por ninguna parte el ruido de las campanillas de las cabras; nada más que las hojas secas, que caen unas tras otras sobre el musgo.

Llamo «¡Pascuala!» y nada me responde. Sin duda se ha dirigido á la parte alta de la montaña, á una meseta que está muy distante, en donde abunda la hierba.

Ha pasado la hora; es preciso regresar á la mar.

Cuando menos, quiero volver á ver el cercado de los olivos y el magnífico árbol en cuyo tronco nos

apoyábamos, y bajo cuyas ramas nos encontrábamos todas las noches.

Yo nunca había visto aquel sitio de día: la hierba y el mirto estaban amontonados, y conservaban todavía nuestras huellas. Se apoderó de mí el temblor del recuerdo al mirar este suelo, en el que se conservaban aún las señales de nuestra permanencia. Me fui de aquel sitio triste y desolado, y sin embargo, volví después á llevarme una florecilla campestre, que había brotado entre las raíces, en el sitio en que apoyábamos nuestras cabezas.

.....

En la playa había ahora gente. Los marineros de mi canoa habían despertado á los que se alojaban en la posada para darles la noticia de nuestra partida.

Los sencillos aldeanos de las cabañas inmediatas habían venido á decirme adios, y preguntaban en italiano á mi criado sobre nuestro viaje.

El sol comenzaba su carrera dulcemente, radiante en el claro cielo.

Estaba allí Mateo Iovitch, que me traía como

regalo un antiguo fusil de Albania; además estaba Gregorio, el valiente Gregorio, al que deseaba ver más que á los otros, porque tenía necesidad de él para un asunto importante. Dí á éste una bolsita de seda roja de Cattaro, con algunas monedas de oro, diciéndole:—«Para Pascuala; sube de prisa á buscarla en la montaña y díla que me voy.....»

El albanés Mehmet llegó también; su regalo de despedida era un saco de tela, que contenía tabaco de contrabando, que él mismo había traído de Scutari.

Yo me había retardado; hice preparar mi canoa, y la orilla de Baozich se alejó para siempre.

Aún oí lejana la voz de Mehmet que me gritaba:—«¡Allahsélamet versen!»—Y este adios supremo de los turcos, que no había oído desde mi partida de Stambul, repercutió en mi alma como una llamada lejana del pasado, como un reproche, como una nota lúgubre.....

A bordo se hicieron los preparativos para la partida, como de ordinario. A las diez se encendieron los hornillos.

Pero el *Temerario* estaba *consignado* y prohibida la comunicación con tierra; miraba yo lejana la orilla y las cabañas de Baozich, de las que llegaban á última hora barcas cargadas de provisiones para el camino; las gentes del país habían cargado allí frutas, legumbres, pájaros, pescados, todo lo que se podía vender á los marineros.

Se acercaba el medio día. Una barca, en la que creí reconocer la de Juan, salió de la orilla, dirigiéndose hacia nosotros. Conducía esta barca una mujer: Pascuala, llevada por su hermano..... ¿Qué

me querían los dos? Yo los veía acercarse y nada comprendía.

Llegaban, estaban ya muy próximos y fijaban en mí sus ojos grises, semejantes, con una misma expresión extraña de calma y de melancolía. Entonces adiviné lo que querían. Juan me enseñó la bolsa de seda, indicándome que habían venido para devolvérmela.

Se iban á levar anclas, y ya tenían los marineros de servicio la consigna de no permitir á nadie la entrada en el barco. Sin embargo, les dí la orden de dejar pasar á Juan y de conducirlo á mi cámara. Mateo estaba todavía á bordo, y yo formé mi plan, que le expliqué rápidamente.

Juan entró en mi cámara conducido por un timonel, y al mismo tiempo que miraba en torno suyo con asombro de salvaje, dejó caer la bolsa en mi cama.

—Está bien—le dije—la recojo, ya que no la queréis. Pero, espérame; tengo que decirte otra cosa.

Entonces salí y tiré la bolsa á Mateo, que después de apoderarse de ella, desapareció.

Dí á Juan mi retrato y una estampa en un cuadro dorado, con la imagen de uno de los patronos de Castelnuovo.

Esta vez aceptó y me prometió enviar á Pascuala

las dos cosas. Después le tendí la mano, que dudó en tomar y que estrechó, diciéndome adios.

Levaron anclas; se amarraron las últimas canoas. Todo estaba en revolución y reinaba allí el alboroto propio de los momentos de partida. El ruido de la máquina se mezclaba con las voces de mando y con los silbatos.

Me inquieté por Pascuala, que había quedado sola en su barca, sin el auxilio de su hermano; no podía comprender que estando tan cerca de mí estuviera á la vez tan lejos; la angustia me oprimía el corazón.

Sin embargo, me había retrasado para la manobra y corrí á mi sitio en el castillo de proa.

Un momento después volví á ver á los dos en la barca, debajo de mí, casi tocando con el buque. Se habían acercado imprudentemente, y aún me tendía Juan la maldita bolsa encarnada que, á pesar suyo, había vuelto á su poder.

Era ya demasiado tarde, y se les gritaba que se separasen. Les cubrió una ola de espuma blanca. La formidable máquina se puso en movimiento en aquel instante, y entonces tuvieron miedo.

La bolsa roja cayó de las manos de Juan á las ro-

dillas de Pascuala. ¡Sin querer, las monedas fueron para ella! Entonces yo tiré un beso á la barca. Felizmente, dos marineros que estaban sobre el bauprés fueron los únicos que vieron este beso irreflexivo é involuntario, en el que acaso iba algo de mi alma.

Pascuala bajó la cabeza, Juan se quitó su gorro, y el *Temerario* se puso en marcha.

Se oyó el cañón, repercutieron las salvas en las montañas, y los pifanos de la escuadra europea saludaron nuestra partida.

Ví aun durante mucho tiempo en su barca á Pascuala y á Juan, como dos puntos blancos y rojos sobre el agua azul.

Y después esa profunda bahía de los slavs, que ya no volveré á ver, se encerró poco á poco en sus montañas. Todo acabó.

Y ahora es de noche, y estamos en alta mar.

.....

FIN DE PASCUALA.

PUBLICACIONES
DE
EL COSMOS EDITORIAL
LITERATURA

	PRECIOS	
	RÚSTICA P. C.	TELA P. C.
OBRAS DE ADOLFO BELOT		
<i>Loca de Amor</i>	2,50	
<i>La Culebra</i> (continuación de <i>Loca de Amor</i>).....	2,50	
<i>Las Corbatas blancas</i>	2,50	
<i>La explotación del secreto</i> (continuación de <i>Las Corbatas blancas</i>).....	2,50	
<i>La Pecadora</i>	2,50	
<i>Una luna de miel en Monte Carlo</i> .—Ilustrada con varias láminas.....	3,00	3,50
<i>Melinita</i>	2,50	3,00
OBRAS DE JULIO CLARETIE		
(DE LA ACADEMIA FRANCESA)		
<i>Juan Mornas</i>	2,50	
<i>Noris</i> .—Costumbres del día.....	2,50	3,00
<i>La Fugitiva</i>	3,00	3,50
<i>La Querida</i> : dos tomos.....	5,00	6,00
<i>El Señor Ministro</i> .—Novela parisiense: dos tomos.....	5,00	6,00
<i>Santiago</i>	2,50	3,00